



## CAPÍTULO VIII

### Causas del movimiento de 31 de mayo



URANTE los primeros meses de 1793, la lucha entre la Montaña y la Gironda se envenenaba cada día más, a medida que se planteaban ante Francia estas tres grandes cuestiones:

1.<sup>a</sup> *¿Se abolirían todos los derechos feudales sin indemnización?*  
*¿O continuará esa supervivencia del feudalismo causando el hambre del labrador y la paralización de la agricultura?* Cuestión inmensa, que apasionaba a más de veinte millones de habitantes de la población agrícola, comprendiendo en ella a los que habían comprado la masa de los bienes nacionales expropiados al clero y a los emigrados

2.<sup>a</sup> *¿Se dejaría a los municipios rurales en posesión de las tierras comunales que habían recobrado de la usurpación de los señores?* ¿Se

reconocería el derecho de recobrarlas a los municipios que no lo habían hecho todavía? ¿Se admitiría *el derecho a la tierra* para cada ciudadano?

3.<sup>a</sup> Por último, ¿se introduciría el *máximum*, es decir, la tasa sobre el pan y demás artículos de primera necesidad?

Esas tres grandes cuestiones apasionaban a Francia y la dividían en dos campos hostiles: los poseedores a un lado, y los que poseían



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA  
REUNIÓN DE LOS ESTADOS GENERALES

poco o nada a otro; los «ricos» y los pobres; los que se enriquecían, a pesar de la miseria, la escasez y la guerra, y los que soportaban el fardo de la guerra y habían de pasar horas y a veces noches enteras a la puerta de la tahona sin poder llevar pan a su casa.

Y los meses — cinco meses, ocho meses — pasaban sin que la Convención hiciera nada para aclarar la situación, para resolver las grandes cuestiones sociales que el desarrollo de la Revolución había planteado. Discutíase sin fin en la Convención; el odio entre los dos partidos, uno que representaba a los ricos, otro defendiendo la causa de los pobres, aumentaba cada día, y no se entreveía solución alguna, ningún compromiso posible entre los defensores de las «propiedades» y los que las atacaban.

Verdad es que los mismos montañeses no tenían opiniones claras sobre las cuestiones económicas y se dividían en dos grupos, uno de ellos, el de los «rabiosos», más avanzado que el otro. El grupo a que pertenecía Robespierre se inclinaba, sobre las tres cuestiones mencionadas, a tomar medidas casi tan «propietarias» como las de los girondinos. Pero por poco simpático que nos sea Robespierre, preciso es reconocer que *se desarrollaba con la Revolución*, y se interesaba

por las miserias del pueblo. Ya en 1791 habló en la Constituyente en favor de la devolución de las tierras comunales a los municipios rurales. A la sazón, viendo el desarrollo propietario y agiotista de la burguesía, se colocó francamente al lado del pueblo, del Municipio revolucionario de París, de los que entonces se llamaban « los anarquistas ».

*« Los alimentos necesarios al pueblo, dijo en la tribuna, son tan sagrados como la vida. Todo lo necesario para conservarla es una propiedad común a la sociedad entera. No hay sino lo excedente que sea propiedad individual y que pueda abandonarse a la industria de los comerciantes. »*

¡Qué lástima que esa idea francamente comunista no haya prevalecido entre los socialistas del siglo XIX, en lugar del « colectivismo » etatista de Pecqueur y de Vidal, expuesto en 1848 y servido hoy recalentado bajo el nombre de « socialismo científico »!

¡Qué porvenir hubiera tenido el movimiento comunalista de 1871 si hubiera reconocido este principio: « Todo lo que es necesario para la vida es tan sagrado como la vida misma y representa una propiedad común a la nación! » Si su palabra de orden hubiera sido: *¡El Municipio organizando el consumo, el bienestar para todos!*

En todas partes y siempre la Revolución se ha hecho por minorías. En el seno mismo de los interesados en la Revolución, hay siempre una minoría que se da a ella por completo. Así sucedía en Francia en 1793.



ADELAÏDA DE FRANCIA

En cuanto la monarquía fué derribada, prodújose en provincias un inmenso movimiento contra los revolucionarios que habían tenido la osadía de desafiar a la reacción europea arrojándole la cabeza del rey.

« ¡Esos villanos, decíase con asombro en castillos, salones y confesionarios, han sido tan osados! ¡No se detendrán ante ninguna consideración: son capaces de despojarnos de nuestras fortunas y guillotinarlos! »

Y por todas partes se fraguaban las conspiraciones contrarrevolucionarias con nuevo vigor.

La Iglesia, todas las cortes europeas, la burguesía inglesa, todos se dedicaron al trabajo de intriga, de propaganda y de corrupción para organizar la contrarrevolución.

Las ciudades marítimas, sobre todo, como Nantes, Burdeos y Marsella, donde había muchos ricos comerciantes; la ciudad de las industrias de lujo, Lyon; las ciudades industriales y comerciales como Ruán, fueron grandes centros de reacción. Regiones enteras fueron trabajadas por los curas, por los emigrados que volvieron con nombres supuestos, y también por el oro inglés y orleanista, como también por emisarios de Italia, de España y de Rusia.

Para toda esa masa reaccionaria los girondinos servían de centro de unión. Los realistas comprendían que los girondinos, a pesar de su republicanismo superficial, eran sus verdaderos aliados, y serían empujados por *la lógica del partido*, mucho más poderosa que *la etiqueta del partido*. El pueblo, por su parte, lo comprendió igualmente y se convenció de que mientras los girondinos permanecieran en la Convención no sería posible ninguna medida verdaderamente revolucionaria, y que la guerra, conducida blandamente por aquellos sibaritas de la Revolución, se haría interminable y agotaría la nación.

Y a medida que la necesidad « de depurar la Convención », eliminando de ella los girondinos, se hacía más evidente, el pueblo por su parte trataba de organizarse en las ciudades de provincias y en la población rural.

Ya hemos tenido ocasión de observar que los directorios de los departamentos eran en su mayoría contrarrevolucionarios; también lo eran los de los distritos; pero las municipalidades creadas por la ley de diciembre de 1789, eran mucho más populares. Verdad es que cuando fueron constituidas por la burguesía armada, combatieron sin piedad a los campesinos insurrectos; pero a medida que la Revolución se desarrollaba, las municipalidades, nombradas por el pueblo,



LA TRATA DE NEGROS — ABOLIDA POR LA CONVENCION EL 16 PLUVIOSO,  
AÑO II DE LA REPUBLICA FRANCESA UNA E INDIVISIBLE

frecuentemente en medio del tumulto insurreccional, y vigiladas además por las sociedades populares, se hacían cada vez más revolucionarias.

En París, antes del 10 de agosto, el Consejo del Municipio era burgués democrático; pero en la noche del 10 de agosto se nombró un nuevo Ayuntamiento revolucionario por las cuarenta y ocho secciones. Y aunque la Convención, cediendo a las instancias de los girondinos, destituyó aquel Ayuntamiento, el nuevo, nombrado en 2 de diciembre de 1792, con su procurador Chaumette, su substituto

Hebert y su alcalde Pache, nombrado algo después, era francamente revolucionario.

Pero un cuerpo elegido de funcionarios, encargado de atribuciones tan amplias y diversas como las que incumbían al Consejo del Municipio de París, hubiera adoptado necesariamente poco a poco carácter moderado. Afortunadamente, la acción revolucionaria del pueblo de París tenía sus centros en las secciones. Sin embargo, esas mismas



JOSEPH LE BON

secciones, a medida que se arrogaban diversas atribuciones de policía (el derecho de dar cartas cívicas, demostrativas de que su poseedor no era conspirador realista; el nombramiento de voluntarios para combatir en la Vendée, etc.); esas secciones, cuyo Comité de Salud pública y el Comité de Seguridad general trabajaban para hacer sus órganos policíacos, no podían tardar en inclinarse al funcionalismo y al moderantismo.

En 1795 se convirtieron, en efecto, en centros de unión para la burguesía reaccionaria.

He ahí por qué, al lado del Municipio y de las secciones, se constituía toda una red de sociedades populares o fraternales, o de comités revolucionarios que pronto se convertirían (en el año II de la República, después de la expulsión de los girondinos) en una verdadera fuerza de acción. Todas esas agrupaciones se federaban entre sí, sea para objetos momentáneos, sea para una acción duradera, y se ponían en correspondencia con los 36.000 municipios de Francia. Hasta se organizaba una oficina especial de correspondencia con ese fin, y así surgía una nueva organización espontánea.

Cuando se estudian esas agrupaciones, esos conciertos libres por mejor decir, vemos desarrollarse lo que los grupos anarquistas modernos han propagado y practicado en Francia, sin sospechar

que sus abuelos lo habían practicado ya en un momento tan trágico de la Revolución como los primeros meses de 1793 (1).

La mayor parte de los historiadores simpáticos a la Revolución, cuando llegan a la lucha trágica entablada en 1793 entre la Montaña y la Gironda, dan excesiva importancia a uno de los aspectos secundarios de aquella lucha, al *federalismo* de los girondinos.

Verdad es que después del 31 de mayo, cuando estallaron en varios departamentos las insurrecciones girondinas y realistas, la palabra «federalismo» llegó a ser en los documentos de la época el principal motivo de acusación de los montañeses contra los girondinos; pero esa

palabra era una consigna, un signo de

unión, un grito de guerra, buena para acusar al partido contrario, y como tal hizo fortuna, aunque en realidad, como ya lo observó Luis Blanc, el «federalismo» de los girondinos consistía sobre todo en su odio a París, en su deseo de oponer la provincia reaccionaria a la capital revolucionaria. «París les causaba miedo; he ahí todo su federalismo», dice Luis Blanc (lib. VIII, c. IV).



TIPOS Y TRAJES DE LA ÉPOCA

(1) Mortimer-Ternaux, un terrible revolucionario, ha indicado (*Histoire de la Terreur*, t. VII) esta doble organización.— Sobre estas organizaciones, consúltese Aulard, *Histoire politique de la Révolution*, segunda edición, 2.ª parte, c. V, y Jaurès, t. II, p. 1254.

Los girondinos detestaban y temían el ascendiente que el Municipio de París, los comités revolucionarios, *el pueblo de París* habían tomado en la Revolución. Si hablaron de transportar la residencia de la Asamblea legislativa y luego de la Convención a una ciudad de provincia, no era por amor a la autonomía provincial, sino úni-



CARABINERO  
DE LA 20.<sup>a</sup> SEMI-BRIGADA LIGERA

camente para colocar el cuerpo legislativo y el poder ejecutivo en una población menos revolucionaria que la de París y más indolente para la causa pública. Así lo hacía la monarquía en la Edad Media, cuando prefería una ciudad naciente, una «ciudad real», a las viejas ciudades acostumbradas al *forum*. Thiers quiso hacer lo mismo en 1871 (1).

Tan distantes se hallaban de la idea federal, que en todo lo que hicieron los girondinos se mostraron tan centralizadores y autoritarios como los montañeses. Quizá se hubieran modificado después, puesto que vieron que cuando los montañeses iban con misión a las provincias, se apoyaban en las sociedades populares y no en los consejos de departamento o de distrito. Si los girondinos apelaron a las provincias contra París, fué para lanzar contra los revolucionarios de París, que les habían expulsado de la Convención, las fuerzas contrarrevolucionarias de la burguesía de las grandes ciudades comerciales y de los campesinos insurrectos de la Normandía y de Bretaña.

(1) Cuando los girondinos hablaron de reunir en Bourges unos comisarios de los departamentos, «no fué con la idea de una traslación, sino con la de formar una segunda Convención», *Memorias de Thibaudeau*.

Cuando venció la reacción y los girondinos volvieron al poder después del 9 termidor, se mostraron, como corresponde a un partido de orden, mucho más centralizadores que los montañeses.

M. Aulard, que habla extensamente del «federalismo» de los girondinos, hace la justísima observación de que antes del establecimiento de la República ningún girondino expuso tendencias federalistas. Barbaroux, por ejemplo, es netamente centralizador, y como tal se expresa ante una asamblea de las Bocas del Ródano: «El gobierno federativo no conviene a un gran pueblo, a causa de la lentitud de las operaciones y del embarazo de su mecanismo» (1). Además no se halla la menor tentativa seria de organización en el proyecto de constitución que los girondinos sostuvieron en 1793: en él se manifestaron centralistas.

Por otra parte, Luis Blanc habla quizás demasiado del «ímpetu» de los girondinos, de la ambición de Brissot frente a la de Robespierre, de las heridas que «los aturdidos girondinos» infirieron al amor propio de Robespierre y que éste no quiso perdonar. Jaurés, al menos en la



BARBAROUX — DIPUTADO DE LAS  
BOCAS DEL RÓDANO EN LA CONVENCION

(1) Aulard, *Histoire politique*, p. 264 — «Yo no sé que nadie haya reclamado el honor» —, dice Thibaudeau hablando del «federalismo» de los girondinos (*Mem. sur la Conv. et le Direct.*, t. I, París, 1824, p. 38). En cuanto a Marat, es muy explícito en su número del 24 de mayo de 1793, p. 2: «Se ha acusado de federalismo durante mucho tiempo a los instigadores de esta infernal facción: yo declaro que no he participado jamás de tal sentimiento, aunque haya reproducido alguna vez esta inculpación».

primera parte de su volumen sobre la Convención, expresa la misma idea (1), lo que no le impide después, cuando llega a la exposición de la lucha entre el pueblo de París y la burguesía, indicar otras causas mucho más graves que los conflictos de amor propio y «el egoísmo del poder».

Existía indudablemente el «ímpetu» de los girondinos, tan bien



LA LIBERTAD

(Grabado de Darctis)

descrito por Luis Blanc, y la lucha de las ambiciones, y todo ello envenenaba el conflicto; pero la lucha entre girondinos y montañeses, como ya hemos dicho, tuvo una causa general infinitamente más profunda que todos los motivos personales. Esta causa la ha visto bien Luis Blanc, cuando reproduce, según Garat, el lenguaje que la Gironda y la Montaña emplea-

ban recíprocamente: «No corresponde a vosotros, decía la Gironda, el gobierno de Francia, a vosotros, manchados con la sangre de septiembre. Los legisladores de un rico e industrial imperio *deben mirar la propiedad como una de las bases más sagradas del orden social*; y la misión dada a los legisladores de Francia no puede ser cumplida por vosotros, que predicáis la anarquía, que patrocináis los pillajes, *que espantáis a los propietarios...* Vosotros apeláis contra nosotros a todos los sicarios de París; nosotros apelamos contra vosotros a todos los hombres honrados de París.»

Así hablaba el partido de los propietarios, de los «hombres honrados», de aquellos que después ordenaron las matanzas de París en

(1) *La Convencion*, págs. 388, 394, 396 y 1458.

junio de 1848 y en mayo de 1871, y apoyaron el golpe de Estado en 1851, y que están dispuestos a repetirlas hoy.

A lo que la Montaña respondía: «Os acusamos de serviros de vuestros talentos para vuestra elevación y no para el triunfo de la *Igualdad*... En tanto que el rey os dejó gobernar, por los ministros que le dabais, os pareció bastante fiel... Vuestro voto secreto no se dirigió jamás a elevar la nación a los magníficos destinos de una república, sino de dejarle un rey cuyos mayordomos palaciegos fuerais vosotros».

Se comprende la justicia de esta acusación viendo a Barbaroux en el Mediodía y a Louvet en Bretaña ir de acuerdo con los realistas, y cuando tantos girondinos, concertados con «los

blancos», volvieron al poder después de la reacción de Termidor. Pero continuemos: «*Vosotros queréis la libertad sin la igualdad, dice la Montaña; y nosotros queremos la igualdad, porque sin ella no podemos concebir la libertad.* Como hombres de Estado que sois, queréis organizar *la República para los ricos; y nosotros, que no somos hombres de Estado, queremos leyes que saquen al pobre de su miseria, y hagan de todos los hombres, en un bienestar universal, ciudadanos felices y defensores ardientes de una república universalmente adorada*» (1).

Bien se ve que son dos concepciones absolutamente diferentes



LA IGUALDAD

(Figura alegórica de Darcis)

(1) Podrían reunirse numerosos textos para probarlo. Véanse los dos siguientes: «Los girondinos querían detener la Revolución en la burguesía», dice Baudot. «Querían establecer suavemente una aristocracia burguesa para reemplazar a la nobleza y el clero», decía Bourdon del Oise, el 31 de mayo en el club de los Jacobinos (*La Société des Jacobins*, edición de Aulard, t. V, p. 220).

de la sociedad, y así se comprendió la lucha por los contemporáneos.

O la Revolución se limitaba a derribar al rey, y, sin tratar de consolidar su obra por un cambio de ideas de la nación en sentido republicano, se detendría en esta primera victoria y dejaría a Francia arrellanarse como pudiera contra los invasores alemanes, ingleses, españoles, italianos y saboyanos, apoyados en el interior por los monárquicos.

O la Revolución haría inmediatamente, después de haber dado cuenta del rey, un esfuerzo en el sentido «de la Igualdad», como se decía entonces, del comunismo como diríamos hoy. Terminaría primeramente la obra de la abolición de los derechos feudales y la de la devolución de las tierras a los municipios; abordaría la nacionalización del suelo, con el reconocimiento del derecho de todos a la tierra; consolidaría la obra que los campesinos rebeldes habían llevado tan lejos durante aquellos cuatro años, y trataría, con el apoyo del pueblo, «de sacar al pobre de su miseria», procurando crear, no la igualdad absoluta de las fortunas, sino el bienestar para todos, «el bienestar universal». Y esto arrancando el gobierno a los ricos y transmitiéndolo a los municipios y a las sociedades populares.

Esta sola diferencia basta para explicar la sangrienta lucha que desgarró la Convención y, con ella, a Francia después de la caída de la monarquía. Todo lo demás es secundario.

